

# I

El miedo te seca la boca como a un muerto. Lo sé porque a los cinco años mami me convenció para que la acompañara a un velorio prometiéndome que, si lo hacía, me daría pan con café, mi desayuno preferido. Cuando llegamos, me situó delante de la camita donde yacía un niño, vestido con un largo traje blanco y rodeado de adelfas rojas, para que le presentara mis respetos. Yo nunca había visto a un muerto. Curiosa, decidí palparle, y ella aprovechó el movimiento para introducir el dedo índice de mi mano izquierda, que yo siempre andaba succionando, en su boca.

–Si te lo vuelves a chupar, el muertico te lleva –me advirtió cuando yo ya restregaba, asqueada, el dedo contra mi falda.

No sé si alcancé a tocarle la lengua y el paladar, o si su presunta deshidratación fue una recreación postraumática del suceso, pero fue mano de santo. Lo que no logró la caca de gallina ni el amargor de la sábila lo consiguió la boca del muertico y la fantasmal amenaza. No volví a chuparme el dedo jamás en la vida.

Mientras caminaba por el largo pasillo aeroportuario, pensé que esa sequedad de difunto en la boca me delataría. La policía no repararía en el suave tinte rosáceo de mis labios, deliberadamente idéntico al de mi blusa. Tampoco en mi traje de lino blanco, hecho a medida en la mejor casa de modas de Santo Domingo. Ni en el aroma del perfume francés que caminaba conmigo, recordándome a cada paso que

debía alzar el mentón, en lugar de proyectarlo hacia el suelo como un reo. Sólo se fijaría en mi voz, pastosa por el miedo.

Las venezolanas abrían la marcha del grupo. Yo estaba demasiado ocupada pensando en mi boca y en mi barbilla para fijarme en nada, pero recuerdo que en determinado momento pasamos junto a una sala de embarque repleta de pasajeros de la que sólo nos separaba un cristal. Primero miraron sin interés al guardia civil que abría la curiosa comitiva de mujeres. Luego entreví miradas masculinas apreciativas que las venezolanas, vestidas para matar, recibieron con alegres cacareos. Avergonzada, mi mentón volvió a clavarse en la base del cuello y noté que la sangre me subía a las mejillas. Si fuera blanca, habría enrojecido. Pero como no lo soy, el arrebató sanguíneo sólo destiñó el moreno cacao de mis pómulos que, durante un instante, se tornaron cenizos.

Mis piernas siguieron avanzando, pero mi mente metió la marcha atrás. Viajó de vuelta a República Dominicana. Estaba, de nuevo, en el despacho de la Hermandad de Pensionados de mi ex marido, el general Reinaldo Unzueta, cinco días antes de mi vuelo a Madrid. Cuando entré, se puso de pie como si la silla le ardiera. Todavía lo estaba cuando yo me senté frente a él y crucé las piernas con fuerza, procurando esconderlas bajo la mesa.

—¿Qué haces aquí, mujer? —dijo gagueando, como siempre que se ponía nervioso. Después de lo ocurrido, era obvio que no esperaba mi visita.

—Reinaldo, ve a ver a tus hijos.

—¿Les pasa algo?

—No. Es que yo me voy a España.

—¿Te vas de puta?

El general acompañó la pregunta, formulada esta vez sin tartamudear, con una mueca desdeñosa.

Me tomé mi tiempo antes de responder. Quería asegurarme de que la voz no me temblaría. Respiré, apunté y disparé:

—Como todas tus mujeres, excepto yo, han sido putas, tú te crees que todo el mundo es igual.

Parpadeó varias veces seguidas, tocado por el agravio. Reinaldo sacó de un prostíbulo a su primera mujer, cuando tenía dieciocho años. Luego se casó con una bailarina que vino a España en los sesenta como *vedette* y se quedó como prostituta, dejando a su cargo la crianza de la hija que habían tenido juntos. Cuando logró contener los pestañeos, rematé mi ataque silabeando las palabras, para que le quedaran claritas, con una contundencia serena que todavía hoy me admira:

–Pues que sepas que la única mujer que has tenido que no ha sido un cuerazo soy yo. Y si no he puteado aquí, no voy a putear allá.

–Ya ni siquiera consigo enfadarte –repuso con un nublito nostálgico en la mirada.

–Escúchame. Quiero que vayas a Coa a ver a tus hijos para que nadie piense que son huérfanos. ¿Lo harás?

El rítmico sonido de mis tacones me devolvió a la realidad, aunque no del todo. Quizá me estuviera volviendo loca, pero me pareció percibir el imposible olor de las adelfas, que en mi tierra llamamos rosales. Intenté deshacerme de él, pero me acompañó hasta lo que parecía ser nuestro destino: una sala con tres bancos pegados a las paredes y, al fondo, un despacho. Las venezolanas, hermosas como *misses*, se agruparon en uno de los asientos. Nuestro vuelo había hecho escala en Caracas. Por eso estábamos juntas. El resto éramos dominicanas.

Apenas nos sentamos, se abrió la puerta del despacho y llamaron a la primera. El alegre cloqueo de las venezolanas, que hasta ese momento no habían dejado de intercambiar risas y chanzas, se detuvo. Todo quedó en silencio. Calculé cuántas éramos: once. Doce contando a la mujer que acababa de dejarnos. Una muchacha que tenía sentada enfrente me devolvió una mirada llena de inquietud, buscando mi complicidad. Parecía decir:

–¡Ay, Dios mío! ¿Qué nos preguntarán? ¿Nos devolverán? ¿Qué tú crees?

Tenía el aspecto de una campesina endomingada. Pensé que no tenía ninguna posibilidad por sus ojos culpables. Supe

que no conseguiría pisar la calle. Inconscientemente, me erguí en el banco y alcé la barbilla para probar, una vez más, el gesto que adoptaría cuando llegara mi turno. Ella lo entendió mal. Interpretó mi ensayo como altanería y buscó otros ojos más acogedores. Y yo me quedé sin cómplice durante las dos horas largas que duró la espera. Hasta que sólo quedamos ella, una mujerona venezolana con un moñazo que casi pegaba en el techo y yo. Y luego, ella y yo. Y luego, sólo yo.

–Adela Guzmán Santana –llamó un agente de uniforme desde la puerta del despacho.

Mientras me levantaba, pensé que no debería haberme puesto esa blusa rosa de muselina a través de la cual se me adivinaba la piel. ¿Qué pensaría el policía que, sin duda, me esperaba tras esa puerta? No vi desaparecer al hombre que me había nombrado. Supongo que salió por donde yo entré. Sólo tenía ojos para el inspector que estaba sentado detrás de su escritorio revisando papeles. Sin mirarme, señaló una silla frente a él. Rozaba los cincuenta años. Aun sentado, adiviné que era alto. Finos ribetes venosos recorrían sus mejillas vencidas, quién sabe si por la edad o por los excesos. Me mordí los carrillos por dentro intentando activar, sin éxito, las glándulas salivares. Como temía, mi lengua se adhirió al paladar sediento. Estaba segura de que me habían dejado la última para devolverme.

–Usted es dominicana –dijo sin apartar la vista de los papeles en un tono frío, pero educado.

–Sí –respondí, aunque en realidad él lo había afirmado, no preguntado.

–¿Qué viene a hacer a España?

Por primera vez desde que entré levantó los ojos hacia mí, pero su voz seguía helada. Durante el vuelo no había pensado ninguna respuesta a esa pregunta previsible. Se me ocurrió sobre la marcha:

–Soy maestra y vengo a investigar porque quiero escribir un libro sobre la conquista de América, sobre todo lo que tiene que ver con República Dominicana, que en esa época, como sabe, se llamaba Quisqueya.

Temí que el policía me demandara el proyecto de mi supuesto libro o algún documento que acreditara la veracidad de mi investigación. En mi bolsa de viaje no llevaba más que el bolsito de cuerda que había tejido a ganchillo durante el largo vuelo, para distraer los nervios.

Miré la foto del Rey, situada justo sobre la cabeza del policía. Nos observaba con un gesto de soberana distancia. Erguí el mentón e intenté adoptar la misma pose. El policía me acechaba con una concentración inmóvil.

–Tiene usted... –dudó unos segundos antes de concluir–. ¿Treinta y siete años? –su entonación era más cálida que al principio de nuestra entrevista.

–Sí, señor.

–¿Hijos?

–Tres –«¿A qué viene eso?»–, me pregunté. No parecía relevante en esa situación–. Están con su padre.

No sé por qué necesité justificarme, pero le mentí. Los dejé en mi casa al cuidado de Miguelina, mi chica de servicio de mayor confianza, en Coa. Le dije que, cuando encontrara trabajo en España, le enviaría dinero para que se ocupara de ellos.

–Muy bien. ¿Y de qué piensa usted vivir en España?

–Yo tengo dinero –las piernas comenzaron a temblarme.

–¿Qué cantidad?

–Mil dólares –me sorprendió la firmeza de mi voz, que contrastaba con mis agitadas rodillas.

–Sáquelo –ordenó.

Abrí el bolso. Toda la humedad evaporada de mi boca emigró a mis manos de repente, pero creo que conseguí sacar el dinero sin que me delataran:

–Cuéntelo –le dije.

–No. Está bien.

Tras una última mirada evaluadora, me selló mi pasaporte de entrada y dijo:

–¿Puede esperar un momento ahí fuera?

–¿Por qué no? –respondí simulando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Me estaba muriendo por dentro pero, al menos, pensé, ya me ha sellado el pasaporte. Eso significaba que había pasado, ¿no? Salí fuera y volví a sentarme en el banco. Me pregunté qué habría sido de la campesina. La imaginé embarcando, escoltada, en un avión de vuelta a casa. El inspector apareció enseguida. Efectivamente era alto. Me levanté y apenas le llegaba al pecho. Mis rodillas volvieron a tiritar, nerviosas, bajo el pantalón de lino.

–¿Cómo va a marcharse de aquí? –preguntó.

–Bueno, cambiaré dinero en moneda nacional y cogeré un taxi hasta mi lugar de destino.

–¿Le importa que la acompañe? –preguntó con una breve sonrisa que me encendió las alertas.

–No, claro –susurré. Era la tercera vez que mentía a aquel hombre.

Recogimos mi maleta, cambié dinero y salimos al exterior. Nos dirigimos hacia la parada de taxis. El temblor de mis piernas se extendió a todo el cuerpo. Ahora no sólo por el miedo, sino también por el frío. Era primavera en Madrid, pero nada sabía yo, todavía, de su naturaleza caprichosa. El cielo estaba cubierto por una boina gris de nubes panzudas. Un vientecillo tenaz me obligó a cruzar los brazos sobre el pecho para protegerme, siquiera un poco, del frío que se ensañaba con una caribeña desinformada, vestida estúpidamente de lino y muselina. Cuando llegó mi turno, sentía tantas ganas de meterme en el carro y desaparecer que tuve que hacer serios esfuerzos para controlarme. Deseaba deshacerme cuanto antes de mi escolta y pensé, erróneamente según comprobé luego, que el taxista llevaría encendida la calefacción. Pero antes de subir, el inspector me retuvo unos segundos más. Sacó su cartera del bolsillo interior de la americana y me entregó una tarjeta:

–Guárdela. Para lo que necesite, estamos aquí para servirle.

«¿Servirme? ¿En qué quieres servirme?», pensé con desconfianza. Pero logré esbozar una sonrisa que pasó por agradecida. Luego se dirigió al taxista:

–Lleva a esta señora a su lugar de destino y trátala bien.

El auto se puso en marcha. No sólo no había calefacción sino que, además, tenía los dos vidrios delanteros bajados.

–¿Adónde? –dijo el chofer mirándome con curiosidad por el espejo retrovisor. Hasta que no avanzamos unos metros, no le indiqué mi destino. No quería que el inspector escuchara la dirección.

–A la calle Princesa.

Me recosté sobre el asiento, notando los ojos del policía fijos en mi nuca. Pero no me volteeé. Miré al frente. A la carretera. Hasta que reparé en una nota que el taxista llevaba escrita a mano sobre el salpicadero. La primera de un bloc hecho de hojitas irregulares, cortadas todas ellas a mano. Estaba escrita en grandes letras mayúsculas y decía: «SÓLO SE VIVE UNA VEZ». Sonreí. Dejé escapar un profundo suspiro con el que comencé a liberarme de las cuatro horas y media de tensión que había pasado desde que aterricé en Barajas.

–¿A qué número de Princesa? –volvió a preguntar con un matiz impaciente en su voz.

Consideré que ya estaba a salvo de la mirada policial. Me descalcé. Primero busqué en el zapato, pero no estaba. La pequeña funda de plástico en la que había metido un papel con la dirección exacta de mi prima se me había adherido a la base del pie por el sudor. La despegué, extraje el papel y le dije el número al taxista, que había seguido mis evoluciones con una curiosidad no exenta de cierta desconfianza. Pero ¿a quién le importaba eso? Imaginé a la campesina en el avión, sacándose del zapato una seña de contacto que ya no iba a necesitar. Creo que sonreí cuando guardé la fundita. «Lo has conseguido», pensé. «Has pasado. Ya estás en Madrid.»